

COMIENZA A LEER LAS PRIMERAS PÁGINAS
DEL NUEVO LIBRO DE

CAMILLA LÄCKBERG



LANZAMIENTO

29

DE ABRIL

RESÉRVALO EN
TU LIBRERÍA



MAEVA



Camilla Läckberg es la exitosa autora de la serie de Los crímenes de Fjällbacka, de la que se han vendido hasta la fecha más de veintitrés millones de ejemplares en todo el mundo.

Con *Una jaula de oro*, abandona por ahora el universo de Fjällbacka y hace una incursión en el género del suspense psicológico con una protagonista, Faye, que es una nueva heroína que ha llegado para quedarse.

–¿Y no cabe la posibilidad de que solo esté herida? –dijo Faye.

Bajó la mirada y clavó la vista en la mesa, incapaz de mirarlos a los ojos.

Un instante de vacilación. Después, una voz lastimera.

–Hay mucha sangre. De un cuerpecillo tan menudo... Pero no quiero especular antes de que un forense haya podido hacer una valoración.

Faye asintió. Le dieron agua en un vaso de plástico transparente, se lo llevó a la boca, pero le temblaba tanto la mano que unas gotas le rodaron por la barbilla hasta la blusa. La agente rubia de amables ojos azules se inclinó y le dio una servilleta de papel para que se limpiara.

Ella se secó despacio. El agua dejaría manchas en la camisa de seda. Aunque eso ya no tenía la menor importancia.

–¿No cabe ninguna duda? ¿Ni la menor duda?

La policía miró de reojo a su colega y luego meneó la cabeza. Sopesó cuidadosamente sus palabras.

–Como ya he dicho, es preciso que un médico haga una valoración a partir de los hallazgos procedentes de la escena del crimen. Pero, en esta fase, todo apunta a una única posibilidad: Jack, tu exmarido, ha matado a vuestra hija.

Faye cerró los ojos y ahogó un sollozo.

Julienne se había dormido por fin. Tenía la melena extendida por la almohada de color rosa. Respiraba pausadamente. Faye le acarició las mejillas despacio, para no despertarla.

Jack regresaría esa noche de su viaje de negocios a Londres. ¿O era Hamburgo? Faye no se acordaba. Llegaría a casa cansado y estresado, pero ella procuraría que se relajara por completo.

Cerró con cuidado la puerta del dormitorio para no despertar a Julienne, se dirigió sigilosamente a la entrada y comprobó que la puerta estaba cerrada con llave. En la cocina, pasó la mano por la encimera. Tres metros de mármol blanco. De Carrara, naturalmente. Por desgracia, nada práctico, pues era tan poroso que lo absorbía todo como una esponja, y ya estaba cubierto de múltiples manchas que lo afeaban. Pero para Jack era impensable elegir una opción más práctica. La cocina del piso de la calle Narvavägen les había costado poco menos de un millón, y no habían escatimado un ápice en nada.

Faye echó mano de una botella de amarone y puso una copa de vino en la encimera. Las copas que resuenan sobre el mármol, el sonido rumoroso al escanciar el vino..., a eso ni más ni menos se reducía su existencia las

noches que Jack pasaba fuera. Se sirvió el vino cuidadosamente, para no salpicar el mármol blanco de más manchas de vino tinto, y cerró los ojos al llevarse la copa a los labios.

Redujo la intensidad de la luz con el regulador, se dirigió a la entrada, donde colgaban los retratos en blanco y negro de ella, Julienne y Jack. Eran de Kate Gabor, la fotógrafa no oficial de la princesa heredera, que todos los años hacía unas fotografías adorables de los hijos de los reyes jugando entre el manto de hojas otoñales, vestidos de un blanco radiante. Jack y ella habían optado por hacerse fotos estivales. Aparecían los tres de pie, alegres y relajados en la orilla. Julienne entre los dos, con el pelo rubio aleteando al viento. Vestidos de blanco, naturalmente. Ella con un sencillo vestido de algodón de Armani, Jack con camisa y pantalones remangados de Hugo Boss, Julienne con un vestido de encaje de la colección infantil de Stella McCartney. Habían discutido minutos antes de tomar las fotos. Faye no recordaba el motivo, pero sí sabía que era culpa suya. Sin embargo, en los retratos no se reflejaba el menor rastro de discordia.

Subió la escalera. Dudó ante la puerta del despacho de Jack, pero luego la abrió. Se encontraba en un torreón con vistas a todos los puntos cardinales. Una solución única en un edificio único, como bien dijo el agente inmobiliario cuando les mostró el piso cinco años atrás. Ella estaba embarazada de Julienne y tenía la cabeza llena de esperanzas de futuro.

A Faye le encantaba la sala del torreón. El espacio y la luz que entraba por las ventanas le daban la sensación de estar volando. Y ahora que la oscuridad exterior se había tornado compacta, las paredes abovedadas la envolvían como una concha.

Había decorado el espacio ella misma, al igual que el resto de la vivienda. Eligió el papel pintado, las estanterías, el escritorio, las fotografías y los cuadros que decoraban las paredes. Y a Jack le encantaba el resultado. Él nunca cuestionaba su buen gusto, además, se sentía orgulloso cuando los invitados le pedían el número del decorador.

En esos momentos, permitía que ella resplandeciera.

Mientras las demás habitaciones tenían una decoración moderna, luminosa y despejada, el despacho de Jack era más masculino. Más grave. Faye había dotado de más carácter aquel cuarto que el dormitorio de Julianne y que el resto del hogar. Jack pasaría allí mucho tiempo, y allí debería tomar decisiones importantes que afectarían al futuro familiar. Lo menos que podía hacer ella era ofrecerle un refugio allá arriba, debajo de las nubes.

Faye pasó la mano con satisfacción por la mesa de Jack. Un escritorio de estilo rústico por el que pujó en una subasta de Bukowski y que perteneció en su día a Ingmar Bergman. Jack no era buen conocedor de Bergman, prefería las películas de acción de Jackie Chan o las comedias de Ben Stiller, pero, igual que a ella, sí le gustaban los muebles con historia.

Cuando tenían invitados y enseñaban la casa, Jack siempre daba dos palmadas en el tablero de la mesa antes de contar como de pasada que aquel escritorio tan hermoso estuvo en su día en casa del mundialmente conocido director sueco. Cada vez que lo hacía, Faye sonreía complacida, porque al mismo tiempo que Jack pronunciaba aquellas palabras, sus miradas solían cruzarse. Era una de las miles de cosas que habían compartido y que seguían compartiendo en la vida. Esa forma cómplice de mirarse, esos instantes, insignificantes y significativos, que conformaban una relación.

Se hundió en el sillón delante del ordenador, giró media vuelta y quedó frente a la ventana. Fuera caía la nieve y se iba transformando en agua sucia en la calle, allá abajo. Al inclinarse hacia delante a mirar la calle vio que un coche avanzaba lentamente abriéndose paso por la oscuridad de la noche de aquel mes de febrero. A la altura de la calle Banérgatan, el conductor giró y desapareció rumbo al centro de la ciudad. Por un instante, Faye olvidó a qué había ido allí, por qué estaba en el despacho de Jack. Era demasiado fácil perderse en la oscuridad y dejarse hipnotizar por los copos de nieve que caían atravesando la negrura.

Faye parpadeó, se irguió en el sillón y lo giró de nuevo hasta quedar de cara a la gran pantalla Apple. Movi6 el rat6n y la pantalla se ilumin6. Se pregunt6 qu6 habr6a hecho Jack con la alfombrilla que ella le hab6a regalado por Navidad, la de la foto de Julianne y ella. En su lugar ten6a una muy fea, de color azul, del banco

Nordea. Regalo navideño de la entidad a todos sus clientes de banca privada.

Faye conocía la contraseña. «Julienne2010». Al menos no tenía a Nordea como fondo de pantalla, sino que seguía usando la foto que les hizo a ella y a Julienne en Marbella. Estaban tumbadas en la orilla, y ella levantaba a Julienne en alto con los brazos totalmente rectos. Las dos reían, pero su risa se intuía más que verse, pues estaba boca arriba con el pelo flotando en el agua. Los ojos azul claro de Julienne miraban directamente a la cámara, al objetivo. A los ojos de Jack, de un azul idéntico.

Faye se acercó un poco a la pantalla, recorrió con la mirada aquel cuerpo, que relucía bronceado y brillante por el agua y la sal. A pesar de que solo habían transcurrido unos meses desde el parto, se encontraba en mejor forma que ahora. Tenía el vientre plano. Los brazos finos. Los muslos delgados y firmes. Ahora, más de tres años después, pesaba por lo menos diez kilos más que cuando estuvieron en España. Tal vez quince. Hacía mucho que no se atrevía a pesarse.



Jack estaba sentado a la mesa de la cocina con el albornoz azul oscuro y leyendo el *Dagens Industri*. Ni siquiera levantó la vista cuando Faye entró, pero ella ya se había acostumbrado a que se comportara así cuando lo agobiaba el estrés.

Y teniendo en cuenta la responsabilidad que pesaba sobre él en el trabajo y la cantidad de horas que pasaba en la oficina, se merecía que lo dejaran en paz las mañanas del fin de semana.

El piso de cuatrocientos metros cuadrados, que era el resultado de la unión de cuatro apartamentos, se le antojaba claustrofóbico cuando Jack necesitaba que lo dejaran en paz. Faye seguía sin saber cómo debía comportarse en esas ocasiones.

En el coche, de regreso desde Lidingö, donde Julienne iba a jugar con una amiga de la guardería, se imaginó que Jack y ella pasarían la mañana juntos. Los dos solos. Se acurrucarían en la cama, verían en la tele algún programa que luego pudieran condenar a dúo por ridículo y vulgar. Quería que Jack le contara cómo le había ido la semana. Dar un paseo por Djurgården cogidos de la mano.

Hablar, como hacían antes.

Retiró los restos de su desayuno y el de Julienne. Los cereales se habían reblandecido en la leche fermentada. Detestaba ver los cereales reblandecidos en la leche fermentada y el olor agrio que despedían, y se tragó una arcada mientras los limpiaba con el trapo.

Había migas de pan esparcidas por la encimera y en el borde, desafiando la ley de la gravedad, había una rebanada de pan a medio comer. Lo único que la mantenía en el sitio era que el lado de la mantequilla había caído boca abajo.

—¿Por qué no procuras, por lo menos, dejar esto limpio antes de irte? —dijo Jack sin levantar la vista del periódico—. No vamos a tener que llamar a la mujer de la limpieza también los fines de semana, ¿no?

—Perdón. —Faye se tragó el nudo que se le había hecho en la garganta y pasó una bayeta por la encimera—. Julianne quería salir cuanto antes. Y lloraba una barbaridad.

Jack apenas respondió y siguió leyendo. Estaba recién duchado después de haber salido a correr. Oía bien, a Armani Code, el perfume que usaba desde que se conocieron. Julianne se puso triste al no poder ver a su padre antes de irse, pero él ya había salido a correr cuando ella se despertó y no volvió hasta después de que Faye la hubiera dejado en casa de la amiga. Había sido una mañana ajetreada. A Julianne no le resultó satisfactoria ninguna de las cuatro alternativas de desayuno que Faye le había ofrecido, y conseguir que se vistiera fue una penosa maratón de la que salió sudando.

Pero, por fin, ahora ya estaba limpia la encimera. Las consecuencias de la guerra, eliminadas.

Faye dejó la bayeta en el fregadero y observó a Jack, que seguía sentado a la mesa de la cocina. A pesar de que era alto, atlético, importante, triunfador, en fin, a pesar de que tenía todos los atributos clásicos de un hombre de éxito, aún seguía siendo un niño en muchos aspectos. Solo ella lo veía como era de verdad.

Faye lo querría siempre, pasara lo que pasara.

—Pronto tendrás que ir a cortarte el pelo, cariño.

Faye alargó la mano, alcanzó a rozarle unos mechones del cabello aún húmedo, antes de que él apartara la cabeza.

—No tengo tiempo. Esta campaña de expansión es complicada y necesito concentración absoluta. Así que no puedo estar yendo al peluquero cada dos por tres igual que tú.

Faye se sentó a su lado en una silla. Se puso las manos en las rodillas. Trató de recordar la última vez que fue a cortarse el pelo.

—¿Quieres que hablemos?

—¿De qué?

—De Compare.

Muy despacio, Jack apartó la mirada del periódico y la dirigió a Faye. Meneó la cabeza suspirando. Ella se arrepintió de haber dicho nada. Se arrepintió de no haberse limitado a seguir limpiando migas de pan. Aun así, tomó impulso.

—Antes sí que querías...

Jack se sobresaltó y bajó el periódico. El flequillo, unos milímetros más largo de la cuenta, le cayó en la cara, y él movió irritado la cabeza. ¿Por qué no podía simplemente dejarlo leer en paz? Seguir limpiando la cocina. Estar delgada y guapa y complaciente. Él se había pasado la semana trabajando. Puesto que lo conocía bien, sabía que se encerraría en el despacho del torreón y seguiría trabajando. Por ella y por Julianne. Para que tuvieran una buena vida. Porque ese era el objetivo *de los dos*. No solo de él, sino de los dos.

—¿De qué serviría hablar del tema? Tú ya no sabes nada de negocios, ¿no? Esas cosas son de la máxima actualidad. No puede uno dormirse en los laureles.

Faye se llevó la mano al anillo de boda. Empezó a girarlo una y otra vez.

Si no hubiera dicho nada, habrían podido pasar la mañana con la que ella había soñado. Pero lo había estropeado todo con aquella pregunta tan tonta. Cuando ya debería saber lo que iba a pasar.

—¿Sabes siquiera cómo se llama el ministro de Industria sueco? —dijo Jack.

—Mikael Damberg —respondió ella en el acto. Y correctamente.

Al ver la mirada de Jack, se arrepintió enseguida. ¿Por qué no se limitaba a cerrar el pico?

—Vale. Pronto entrará en vigor una nueva ley. ¿Sabes cuál? Y lo sabía. Pero negó despacio con la cabeza...

—No, pues claro que no lo sabes —dijo Jack—. Según esa ley, ahora, como empresa, debemos avisar a nuestros clientes del fin de su contrato con un mes de antelación. Antes se renovaba automáticamente. ¿Entiendes lo que eso significa?

Pues claro que lo sabía. Incluso podría darle las cifras exactas de lo que implicaría para Compare. Pero Faye lo quería. Y allí estaba, sentada en aquella cocina de un millón de coronas con un marido que era un niño encerrado en el cuerpo de un hombre, un hombre al que solo ella conocía y al que quería por encima de todo lo demás. Así que negó con la cabeza. En lugar de decirle que Leasando

AB, una eléctrica menor, propiedad de Compare, perdería aproximadamente el veinte por ciento de los clientes cuyo contrato se renovaba hasta ahora automáticamente. En números redondos, la facturación se reduciría en unos quinientos millones anuales. Los beneficios, en doscientos.

Pero ella se limitó a menear la cabeza.

Y a dar vueltas al anillo.

—No lo sabes —dijo Jack al fin—. Y ahora, ¿por qué no me dejas que siga leyendo?

Y volvió a levantar el periódico. Volvió al mundo de cifras, cotizaciones, nuevas emisiones y adquisición de empresas al que ella había dedicado tres años en la Facultad de Económicas, hasta que lo dejó. Por Jack. Por la empresa. Por la familia.

Enjuagó la bayeta bajo el grifo abierto, recogió con la mano los cereales y las migas empapadas que se habían acumulado en el fregadero y los tiró a la basura. A su espalda oyó el crujir del papel del periódico de Jack. Faye cerró la puerta del mueble despacio, para no molestarlo.



Un camarero pasó a toda prisa a la espalda de Faye, seguramente camino de alguno de los señores barrigones que había unas mesas más allá. Ese tipo de hombres siempre andaban con prisa. Lo cual no era de extrañar, teniendo en cuenta que todos parecían estar a un Biff Rydberg del infarto de miocardio.

Observó a Alice, que acababa de sentarse frente a ella. Cuando conoció a Alice y a las mujeres de clase alta con las que se relacionaba, Faye empezó a llamarlas «las gansas», porque su principal función parecía ser poner huevos para sus maridos. Debían concentrarse en dar a luz herederos y luego proteger a aquellos niños superconsentidos bajo sus alas cubiertas de Gucci. Cuando los niños comenzaban a ir a la guardería, cuidadosamente elegida, llegaba el momento de ocupar el tiempo con actividades adecuadas: yoga, hacerse la manicura, organizar cenas, procurar que la criada se encargara de los asuntos domésticos, controlar a todo un ejército de canguros para los niños, estar siempre presta y dispuesta. Y lo más importante de todo: aprender a cerrar los ojos ante esos instantes en que sus maridos llegaban tarde a casa, con el faldón de la camisa medio colgando, después de una «cena de negocios».

Al principio, Faye se burlaba de ellas. Su falta de cultura general, el desinterés por los verdaderos valores en la vida, sus ambiciones, que no se extendían más allá del último modelo de bolso Rockstud de Valentino y la elección entre ir a Saint Moritz o a las Maldivas durante las vacaciones escolares de invierno. Pero Jack le había pedido que «mantuviera buenas relaciones» con ellas. En particular con Alice, la mujer de Henrik. Así que ahora se veía habitualmente con las gansas.

EN TU LIBRERÍA A PARTIR DEL 29 DE ABRIL

CAMILLA LÄCKBERG



UNA JAULA DE ORO

LA VENGANZA DE UNA MUJER ES BELLA Y BRUTAL



MAEVA | NOIR

UNA JAULA DE ORO

UNA NUEVA Y SORPRENDENTE
CAMILLA LÄCKBERG

UNA NOVELA DE SUSPENSE
PSICOLÓGICO, SEXY Y CON UNA
PROTAGONISTA FASCINANTE
Y AMBIGUA

Faye, con un oscuro pasado, ha conseguido todo lo que siempre había soñado, un marido atractivo, una hija a la que quiere y sobre todo estatus social y una vida llena de lujo. Pero cuando, de un día para otro, esta vida perfecta se va al traste, surge una nueva mujer intrépida y vengadora. Con Faye ha nacido una nueva heroína sorprendente y polifacética, y con algunos secretos muy oscuros.

Fragmento del libro
A partir del 29 de abril en tu librería



MAEVA
www.maeva.es